

*baza silvestre*, como los Setenta lo hicieron en griego, debió venterla con la palabra yedra, para conformarse con los otros antiguos intérpretes.

LIV. San Gerónimo, sintiendo haber hablado con acrimonia á San Agustín en esta carta, le escribió otra algun tiempo despues, para excusarse, y suplicarle que finalizase esta disputa; pero no retrató su sentir sobre el disimulo de los Apóstoles.

LV. Recibiendo San Agustín esta carta por mano de Firmo, que volvía de Palestina al Africa, respondió en el mismo año 405. Desde luego nota la diferencia entre la autoridad de los santos libros, y la de los libros de los autores Eclesiásticos. » Solo á los libros Canónicos tengo, dice, un respeto y veneracion, que llega hasta creer firmemente que los que son sus autores fueron incapaces de engañarse. Si en ellos hallo alguna cosa que me parezca contraria á la verdad, no me cuesta repugnancia el persuadirme, ó que mi exemplar no está correcto, ó que mi traductor no penetró el sentido de la Escritura; ó por ultimo, que no entiendo lo que leo. En punto de los demás escritores, por distinguidos y célebres que sean en erudicion y santidad, no miro su decision como regla infalible de la verdad, y no me sujeto á ellos sino en quanto los hallo autorizados de los libros Canónicos, ó apoyados en razones probables que traigan apariencia de verdad." (1) Llega despues al pasage de San Pablo, en donde, hablando de San Pedro y San Bernabé, dice: » Quando yo ví que no iba derecho, segun la verdad del Evangelio, dixé á Pedro delante de todo el mundo: *Si tú, que eres Ju-*

(1) En esto quiso decir: que éste ó aquel Santo Padre pueden padecer equivocacion. Pero quando

todos los Padres de la Iglesia convienen en un punto de dogma ó de moral, hacen argumento de fe.

*dío, vives como los Gentiles y no como los Judíos, ¿por qué precisas á los Gentiles á judaizar?* ¿Qué hombre puede haber sobre cuyos escritos y palabras se pueda contar con seguridad, si es verdad que el Apóstol hablando así, engañaba á los Galatas, diciendo, que había advertido que San Pedro y San Bernabé no iban derechos, segun la verdad del Evangelio, y que había resistido rostro á rostro á San Pedro, porque quería obligar á los Gentiles á judaizar? Acaso, me dirás: ¿no será mejor creer que San Pablo escribió alguna cosa contra la verdad, que el que San Pedro hiciese alguna cosa contra su obligacion y contra su conciencia? Segun este principio, se seguiria, que seria mejor creer (lo que Dios no permita) que el Evangelio nos engaña, que el creer que San Pedro negase á Jesuchristo (1). No se puede imaginar, me dirás, que San Pablo se atreviese á reprehender á San Pedro de una falta en que él mismo era culpado. Prosigue San Agustín, y dice: ahora no es la cuestión sobre lo que hizo San Pablo, sino sobre lo que escribió. De esto se trata, y es un punto capital para el sentir que yo defiendo, si se quiere salvar la verdad de las Santas Escrituras. Si San Pedro, pues, hizo lo que debía, es cierto que San Pablo nos engañaria, diciendo, que este Apóstol no procedía segun la verdad del Evangelio, y que executaba lo que no debía hacer. Si San Pablo observó la misma conducta en semejante ocasion, mas quiero creer que no reprehendió á su compañero hasta haberse él corregido de su falta, que conceder que dixo la menor mentira en ninguna de sus cartas; y aun menos, si

(1) Por este argumento dicen algunos, que Cefas, á quien en su cara resistió San Pablo, no era el Apóstol San Pedro, sino otro del mismo nombre. Mas no se debe pensar que pecó San Pedro, con-

temporizando con los Judíos en algunas observancias de la ley; porque, aunque entonces ya la ley había muerto, todavia no era mortífera como lo es al presente.

asi puede decirse, en la que escribe á los Galatas; la que empieza diciendo: *Tomo á Dios por testigo de que no os miento en todo quanto os escribo.* Por mi parte creo que San Pedro, en el modo con que procedia, obligaba á los Gentiles á judaizar: lo creo, porque nos lo dice San Pablo, y no puedo persuadirme á que este Apóstol nos quisiese engañar. Es cierto, pues, que San Pedro no hacia bien en esto, y que era obrar contra la verdad del Evangelio dar lugar á los que habian abrazado la fe de Jesuchristo para que creyesen que era necesaria para la salud. Esto es lo que pretendian en Antioquía los Judíos convertidos, sobre lo que San Pablo les combatia sin cesar, y con toda la viveza que le inspiraba su zelo." Despues hace ver San Agustin, que siempre que San Pablo observó las ceremonias de la ley, procuró hacerlo de modo que no diese á entender que la salud del Christiano estaba vinculada á semejantes prácticas, sino solamente porque no sospechasen que miraba como idolatría Pagana unas ceremonias que Dios, cuya sabiduria sabe acomodarse al tiempo, habia instituido en la ley antigua, como figuras de las cosas que estaban por venir. Responde al argumento de San Gerónimo, que habia dicho, que para no caer en la opinion de los filósofos que admitian acciones indiferentes, era preciso decir que la observancia de las ceremonias de la ley era buena ó mala: responde diciendo: "Que aquellas antiguas ceremonias ni eran buenas, pues no justificaban, ni eran malas, pues el mismo Dios las habia prescrito (1). Este sentimiento, añade, me parece mas plausible, porque tengo á mi favor las palabras de un Profeta que dice: que

(1) Las antiguas ceremonias, quiere decir, no eran como nuestros Sacramentos; porque estos tienen virtud para santificar, y aquellas

solamente fueron instituidas por Dios para ser figuras representativas de las verdades Evangélicas, y esto es lo bueno que tenían.

Dios dió al pueblo Judío unos preceptos que no eran buenos: queriendo decir, que estos preceptos no eran tales que por su observancia justificasen; ó que, dexándolos de observar, perdiese el hombre la justicia." (1)

LVI. Confirma su sentir con la variedad que entonces habia entre las Iglesias de oriente, y la de Roma en punto del ayuno del Sábado, que en esta especie de prácticas hay cierto medio que tomar, no por disimulo, sino por una obligacion que nos imponen la buena correspondencia y las leyes de la sociedad Eclesiástica, aunque nada se halla en las Escrituras que exprese esta obligacion. En la ley antigua instituyó Dios entre los Judíos la circuncision, y otras ceremonias semejantes, como figuras de los misterios que Jesuchristo habia de obrar á su tiempo. Despues de lo qual no han dexado de subsistir, no para obligar á los Christianos á su observancia, como si todavia esperáran la fe que prometian, sino solamente para instruirse y entrar en la explicacion de las antiguas profecías. Ahora pues, asi como no debia obligarse á los Gentiles á observarlas, tampoco era preciso vedarselas á los Judíos, como cosas impías y sacrílegas. Se las ha ido dexando caer poco á poco, y se ha visto como se han desvanecido á proporcion que el Evangelio se ha ido estableciendo en el mundo, y la gracia de Jesuchristo ha hecho conocer á los fieles que ella sola era la fuente de su justificacion, y que no podian hablar salud en estas ceremonias, que solamente eran sombras de las cosas que habian de venir, las que felizmente se veían ya cumplidas. Conviene San Agustin en que quando dice en su carta, que San Pablo, habiendo sido elevado á la dignidad de Apóstol, no observó las ce-

(2) Quiere decir: que un Judío que en aquel tiempo omitiese la observancia de estas ceremonias; aun-

que pecaría por desobediencia, no por eso dexaba alguna cosa justificativa. Habla del tiempo de la ley.

remonias de los Judíos, sino para dar á entender que nada tenían de perniciosas para los que quisieran practicarlas conforme á la ley de Moysés, y á la tradicion de sus Padres. Parece que debiera haberse explicado mas, y limitar el uso de estas ceremonias al tiempo en que la gracia de fe empezó á manifestarse; porque entonces estas observancias nada tenían de perniciosas; pero dice que ya habia hecho esta reflexi6n en un escrito contra Fausto, Obispo Maniqueo, mucho antes de haber recibido la carta de San Gerónimo: subscribe á lo que habia dicho este Padre, que en este tiempo la observancia de las ceremonias judáicas es perniciosa y mortal para los Christianos, asi para los convertidos de los Judíos, como para los Gentiles que han abrazado la fe. Le pregunta despues, ¿qué es lo que entendia por la prudente condescendencia que habian usado los Apóstoles en la observancia, y en las ceremonias de la ley? porque, ó esta condescendencia, le dice, es lo que yo llamo *mentira officiosa*; esto es, una especie de obligacion de mentir en ciertas ocasiones, de la que no podemos honestamente dispensarnos (1), ó no sé yo qué otro nombre darla, sino que digamos que la mentira dexa de ser mentira en dandola el nombre de *condescendencia*. Defiende, que en vez de recurrir á esta soluci6n, se debe creer que San Pablo verdaderamente reprehendi6 á San Pedro, y admirar la mansedumbre y humildad con que San Pedro recibió la reprehension de este Apóstol. Si se me permite, añade, decir aquí mi sentir, me parece que sería mejor justificar á San Pedro de este modo

(1) Hubo una opinion que venia de las escuelas de los filósofos, que decia: que la mentira officiosa no era pecado, pues no era perjudicial á nadie. Nuestra fe no admite esta opinion. Toda mentira es

mala; porque se opone al orden, segun el qual deben corresponder las palabras á las ideas, y á un atributo de Dios, que es la *veracidad suma*.

contra las imposturas de Porfirio, que dar á este Sofista motivo de calumniarle, y de darnos en rostro de un modo mas picante con que todo es falso, asi en nuestras Escrituras, como en el culto que damos á Dios. Como habia alegado San Gerónimo seis ó siete escritos antiguos para apoyar su opinion, le advierte, que arruinaba enteramente la autoridad de quatro de ellos; y que aunque se hubiesen dado grandes alabanzas á Orígenes, y á Didi-mo, no por eso dexaba de refutarlos en otras partes con bastante viveza en asuntos de importancia. Le remite á San Ambrosio, y San Cipriano, y sobre todo, á San Pablo, el que, antes de contar la disputa con San Pedro, protesta que es muy cierta. Por último, suplica á San Gerónimo que le perdone lo que pudiera parecer demasiado duro en sus cartas; y concluye diciendo: que lo que le hacia desear su version sobre los Setenta, era porque quería poderse pasar sin la multitud de traducciones latinas que habian dado al público ciertos autores, tan temerarios como ignorantes.

LVII. No tenemos la respuesta de San Gerónimo á esta carta; pero permanecen otras quatro que escribi6 despues á San Agustin, y no dicen relacion alguna con la disputa que habian tenido sobre la explicacion del texto de la Epístola á los Galatas. En la primera, que es escrita desde Belén, da á entender, que los Hereges, aunque condenados muchas veces, siempre hacian sus esfuerzos por despertar sus errores. En la segunda, se ve que San Agustin habia enviado á Palestina al Presbítero Orosio para consultarle sobre la cuestión del origen de las almas, y que no le quiso responder, por temor de empeñarse con él en nuevas disputas. Le da gracias de los dos libros que le habia enviado sobre esta materia, diciendo: que manifestaba en ellos mucha erudicion y eloquencia; le protesta su amistad, estimacion y

respeto. Añade: "que le habia citado con elógió en su diálogo contra los Pelagianos, y le convida á que se úna con él para exterminar tan perniciosos Hereges; los que, con penitencia afectada, daban á entender que desaprobaban sus errores para poderlos introducir mas libremente." Se escusa, en quanto á haberle pedido la version de los Setenta, asi por la ignorancia de los copiantes incapaces de trasladar los libros latinos, como porque le habian robado una parte de lo que tenia trabajado sobre este asunto. En la tercera le congratula San Gerónimo, por la constancia y vigor con que habia rebatido la heregia Pelagiana. "Toda Roma, le dice, te aplaude; los Católicos te miran como el restaurador de la antigua y no interrumpida tradicion de la fe; y lo que mas ensalza tu gloria es, que todos los Hereges te detestan." La quarta, que es la ultima que San Gerónimo escribió á San Agustin, y la ponen por los años 419 ó 420, se dirigió al mismo tiempo á Alipio. Congratula al uno y al otro, por la victoria que habian logrado contra la heregia de Celestio, discípulo de Pelagio. "En quanto á lo que me preguntas sobre si he respondido al libro de Aniano, Diácono de Toledo, á quien alimentan con regalo en premio de los malos escritos que da á los otros, para sostener sus blasfemias, debes saber que no ha mucho tiempo que el Presbítero Eusebio me envió una copia; mas despues que la recibí, me he visto tan perseguido de enfermedades, y tan oprimido con el sentimiento de la muerte de tu santa hija, Eustoquio, que me ha parecido conveniente despreciar esta obra. El autor sigue la corrompida doctrina de sus Maestros; y exceptuando algunos lugares que ha robado y acomodado con bastante artificio, nada dice de nuevo. No obstante, confiesa lo que habia negado en el sínodo infeliz de Diospolis. Si Dios me da vida, y puedo hallar copiantes, espero responderle

en dos ó tres noches; no para combatir una heregia que ya está muerta, sino para confundir la ignorancia y las blasfemias de este autor."

LVIII. Mucho tiempo antes que escribiese esta ultima carta, Marcelino, Gobernador de Africa, y Anapsiquio le habian propuesto una questão perteneciente al origen de las almas; es á saber, sobre si descendian del cielo á los cuerpos, ó si eran una porcion de la Divina substancia; si todas estas habian sido criadas al principio del mundo, y estaban contenidas en los tesoros de Dios para distribuirlas despues por los diferentes cuerpos; ó por último, si pasan de los padres á los hijos; de suerte, que en los hombres, como en las bestias, se engendrasen las almas una de otra como el cuerpo de otro cuerpo. San Gerónimo no decide la questão, diciendo, que ya habia explicado su parecer en sus libros contra Rufino; y aconseja á Marcelino que consulte en este punto á San Agustin, cuyo parecer, dice, siempre será el mio. (1)

LIX. San Gerónimo en su carta á Oceano explica en pocas palabras lo que dixo el Apóstol de las calidades de un Obispo, y hace reflexion sobre haber prohibido San Pablo que se eligiese para el Obispado un *Neofito*. "Yo no puedo comprehender hasta donde llega la ceguedad de los hombres que condenan el Matrimonio contraído antes del Bautismo, al mismo tiempo que ninguno observa un Mandamiento tan claro y tan expreso como este. Hombre hay que ayer era Catecúmeno, y hoy es Obispo: ayer se presentaba en el anfiteatro, y hoy preside en la Iglesia:

(1) Ninguna de estas cuestiones se disputan en la Iglesia, ni puede pasar por opinion lo que es contrario á la persuasion comun de que para cada hombre cria Dios el

alma, la qual una vez abrazada por todos los Católicos, hace que toda duda sea escandalosa y temeraria en este punto.

ayer asistia á los juegos del circo, y esta mañana se le ve entre los Ministros del Señor: ayer era protector de los cómicos, y hoy consagra á Jesuchristo las vírgenes.

LX. Santa Paula, despues de haber vivido 56 años, 8 meses y 21 dias, murió en Belén un dia Martes 26 de Enero, en el Consulado 6. del Emperador Honorio, y el primero de Aristenete, que viene á ser el año 404. San Gerónimo, que habia sido testigo de sus virtudes, fué el que hizo su elógio, y le dirigió á Eustoquio, hija de Santa Paula. Al principio ensalza su ilustre nacimiento, y despues va manifestando, que muerto Toxocio, su esposo, de quien habia tenido cinco hijos, renunció al comercio del mundo y á todas las grandezas del siglo para consagrarse enteramente á Dios. » Lo que hizo, dice, con tanto fervor, que parecia que habia deseado la muerte de su esposo con el fin de servir á Dios mas libremente. » Habla de sus grandes limosnas, que algunas veces eran tan excesivas que despojaba á sus propios hijos, para asistir á los pobres. En su casa se hospedó San Epifanio, en su viage de Roma en 382. Describe despues San Gerónimo el que hizo la Santa desde Roma á Palestina en donde se retiró, no al palacio del Proconsul, que la tenia preparada la habitacion, sino á una pequeña casa, separada de las demás, y de apariencia muy pobre. Refiere por su orden la visita que hizo de los santos lugares. » Postrada delante de la cruz, adoró » en ella al Salvador con tanta devocion como si en ella le » estuviera viendo clavado. Entrando en el santo sepulcro, » besó la piedra que el Angel apartó quando Jesuchristo salió » del sepulcro, y pegando su boca al lugar en donde habia descansado el cuerpo del Salvador, chupaba la tierra » como si pretendiera apagar su sed con las aguas de fuente » tan agradable. De aqui subió á la fortaleza de Sion en » donde la enseñaron la columna á que estuvo atado, quan-

» do fué azotado el Hijo de Dios; servia entonces para sostener el pórtico de una Iglesia, y todavia estaba toda teñida de la sangre del Señor. Tambien la enseñaron el lugar en donde los fieles en num. de 120 se hallaban juntos quando el Espíritu Santo baxó sobre ellos. Despues habiendo distribuido, segun sus cortos posibles, algunas limosnas á los Christianos, y á los pobres de Jerusalén, fué á visitar en Belén el pesebre del Salvador. A la vista de un lugar tan santo, me protestó, dice San Gerónimo, que veía con los ojos de la fe al niño Jesus, envuelto entre las fajas, llorar en aquel establo; y á los Magos adorar al Salvador, á la estrella brillar sobre el pesebre; á la Virgen considerarse Madre de Dios; á San Josef emplear todos sus cuidados en aquel Divino niño; á los pastores que venian de noche á admirar las maravillas de su nacimiento, y á ser los primeros testigos del prodigio. Este Padre, despues de haberla seguido en la visita de los demás lugares santos y notables de la Palestina, la hace recorrer diversas soledades á donde la habia llevado el deseo de edificarse con las virtudes de tantos hombres grandes que alli servian al Señor. Habla de los Monasterios que hizo edificar en Belén, del orden que alli estableció, y de las virtudes que practicó. Muerto su esposo, no comió jamás en compañía de hombre alguno, aunque tuviese grande reputacion de santidad, y aunque estuviese elevado á la dignidad de Obispo. Jamás tomó el baño, sino al último extremo. Nunca gastó colchon, ni aun en lo fuerte de las mas violentas calenturas. Descansaba sobre la dura tierra, cubriéndola primero con algun silicio, regando su lecho con lagrimas, y pasando los dias y las noches en una oracion casi continua. Jamás despidió sin socorro á pobre alguno, siempre halló que darle; no por las grandes riquezas que poseía, sino

por la prudente economía con que distribuía sus limosnas: no se libertaron sus virtudes de la maliciosa crítica; pero siempre sufrió con paciencia las persecuciones de la envidia. Los Hereges intentaron reducirla á los errores, pero inutilmente. Sabia de memoria la Santa Escritura; y aunque gustaba del sentido literal, que es el fundamento de la verdad, atendia no obstante mas al sentido místico, mirándole como la perfeccion del edificio espiritual que iba levantando en su corazon. Aprovechó tanto en el estudio de la lengua hebrea, que cantaba los Salmos en ella, y la hablaba sin mezclar el acento de la lengua latina. Concluye San Gerónimo su elógió fúnebre con una descripcion viva y penetrante de su muerte y de su funeral. Preguntándola San Gerónimo quando estaba ya para expirar, si sentia algun dolor extraordinario que no la dexase hablar á los asistentes, le respondió en griego: que nada la daba cuidado, que se hallaba en grande calma y tranquilidad. Despues no habló á nadie, sino que cerrando los ojos, repetia en voz baxa aquellas palabras del Salmo 25.: *Señor, yo he amado la hermosura de vuestra casa*: y poniendo el dedo sobre su boca, no cesaba de hacer la señal de la cruz en sus labios. El Obispo de Jerusalén, los de las demás ciudades, y una multitud infinita de Sacerdotes, Diáconos, Vírgenes, y Solitarios se hallaron presentes á su muerte, y á sus exêquias. Mas no se oían en éstas aquellos gritos lúgubres que comunmente acompañan la muerte de las gentes del siglo. Por todas partes resonaba el cántico de los Salmos que muchos coros iban entonando en diferentes lenguas. Los Obispos llevaron las andas sobre sus hombros, otros Prelados iban delante con hachas encendidas; otros, por ultimo, iban gobernando á los que cantaban los Salmos. Con este orden llevaron el cadaver al medio de la Iglesia del pesebre del Salvador, en donde

por tres dias estuvo expuesto, y se cantaron por su orden los Salmos en hebreo, en griego, en latin, y en siriaco.

LXI. Escribió San Gerónimo á Pamaquio y á Marcela, enviándoles un exemplar de la segunda carta Pasqual de Teófilo, Patriarca de Alexandría, la que habia traducido del griego al latin. Les asegura, que no habia omitido diligencia, por conservar en la traduccion la elegancia y belleza del original. Les envió tambien el texto griego. »No quiero, dice, que los Hereges me acusen falsamente de haber mudado ó añadido algunas cosas.» Al mismo tiempo la suplicaba que se empeñase con el Papa Anastasio, para que éste confirmase con su autoridad todo quanto habia hecho y escrito Teófilo contra Orígenes. Esta carta es del año 402: en ella merece notarse esta expresion: »Pedid al Señor que esta obra se reciba en Roma con gusto, y que la cátedra del Apóstol San Pedro confirme con su aprobacion lo que la silla del Evangelista San Marcos acaba de publicar con tanto aplauso.»

LXII. Hace mencion San Gerónimo de su carta á dos señoras de las Galias, madre é hija, en su libro contra Vigilancio, compuesto en 406; por lo que es preciso que esta carta sea anterior. El motivo de escribirla fué el siguiente: una madre y una hija, aquella viuda y ésta virgen, vivian en la misma ciudad, pero en casas diferentes. Una y otra habian recibido algunos Eclesiásticos, ó para que las acompañasen, ó para que cuidasen de los asuntos de su casa. Un Solitario, hermano de esta misma virgen fué á Jerusalén á visitar los santos lugares, y advirtió á San Gerónimo este desorden, diciéndole, que causaban mas escándalo, por acompañarse de este modo con los extraños, que el que habian dado separándose la una de la otra. San Gerónimo sentia condescender con sus súplicas, y le dixo: »Al que os oyere le parecerá que yo soy al-

gun Obispo, siendo un pobre Monge, que, distante del comercio de las gentes, y encerrado en el retiro de una celda, no tengo otra ocupacion que la de llorar los pecados que he cometido, y evitar los que pudiera cometer." Insistió el Solitario, y San Gerónimo hizo lo que le pedia. En su carta, pues, á estas dos Señoras empieza haciendo cargo á la hija del agravio que habia hecho á su madre, huyendo de la compañía de la que despues de haberla enseñado á amar á Jesuchristo, la habia consagrado á este divino Esposo. Refuta todas las excusas que pudiera alegar para justificar en este punto su conducta. Y despues la hace ver, que á lo menos era inexcusable en recibir hombres en su casa. Como le pudiera responder que descansaba con el testimonio de su conciencia, y que pues tenia por Juez de sus acciones al mismo Dios, que es testigo de todas ellas, no la daba mucho cuidado todo quanto pudieran decir; la cita aquel lugar de San Pablo á los Romanos, en donde se lee: *Que es preciso procurar hacer lo bueno, no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres.* "Si os acusaren, añade, de ser Christiana, y de guardar la continencia, burlaos de esta especie de reprehensiones. Si os contaran por delito haber dexado á vuestra madre por vivir en un Monasterio en compañía de otras vírgenes, pudiérais hacer mérito y gloria de semejante acusacion. Quando á una doncella consagrada á Dios no se la puede notar de que vive en el libertinage, y solamente se reprehende su insensibilidad para con sus padres, debe despreciar estas reprehensiones, semejante crueldad es una piedad verdadera, porque entonces solamente se prefiere á la propia madre aquel que debemos preferir á nuestra misma vida." Hablando despues con la madre, la exhorta San Gerónimo á enseñar con su exemplo á la hija á romper con unas conexiones tan perjudiciales á su honor.

LXIII. No se puede decir que es posterior al año 408 la carta de San Gerónimo á Rústico, pues habla en ella de los estragos que habian hecho los Vándalos en las Galias en 407, como de una cosa recién sucedida. Escribió esta carta á súplicas de Hedivia y Artemia. Esta era esposa de Rústico, y de comun consentimiento habian hecho voto de guardar continencia. Artemia perseveró en su buen propósito: pero su esposo no pudo resistir á las tentaciones del demonio: no obstante, se conformó Artemia aun despues de su caída en vivir con él, y no se negó á permanecer unida en el espíritu y en la habitacion. Entrando los Bárbaros por aquel tiempo en las Galias, les obligó el temor del cautiverio á separarse el uno del otro. Artemia tomó el camino á la tierra Santa, y su marido la dió palabra de seguirla presto con el fin de trabajar en su salvacion, y corregir la culpa que por su negligencia habia cometido. Mas como lo iba dilatando de dia en dia, le escribió San Gerónimo exhortándole á cumplir su promesa. "Siendo incierta, le dice, la vida del hombre, debes temer que te arrebate una precipitada muerte antes de haber cumplido tu palabra. Imita á lo menos á la que tú debieras haber instruido antes con tu exemplo. ¡Quánta vergüenza te debiera causar el ver que un sexó, cuyo patrimonio es la flaqueza, triunfa de todos los atractivos del siglo, al mismo tiempo que el varon que se precia de valor y de constancia, se dexa esclavizar de sus vanidades! Le pone delante de los ojos los textos mas enérgicos de la Escritura, diciendo: Son estos *unas bellas flores* con las que te he querido hacer una corona de penitencia. Ponla sobre tu cabeza, y toma vuelo con las alas de la paloma. Ven á buscar el lugar de tu reposo, y á reconciliarte con Dios, que es el Padre mas indulgente y misericordioso."

LXIV. La carta de S. Gerónimo á Geroncia, se co-

loca en el año 409, y no se la puede poner antes; pues habla en ella del primer sitio que Alarico puso á Roma á fines de 408, y no levantó el cerco hasta haber recibido una gran suma de dinero. Era Geroncia hija de Celerino, y desde su niñez la habia educado una tia del mismo nombre, que habia veinte años que guardaba continencia, y la inspiró el amor á esta virtud. No obstante, contrajo matrimonio con un hombre de igual calidad, llamado Simplicio, y tuvo de él un hijo. Mas, quedando viuda y muy joven, se acordó de las instrucciones de su tia, y quiso mas consagrarse á Dios, que volver á casarse: para librarse de las persecuciones de los principales Señores de la Corte, buscó en la Iglesia el asilo de su castidad. No dice San Gerónimo cuál fué la ocasion de escribirla. Su carta, que él califica de pequeño libro sobre la Monogamia ó Matrimonio único, es una exhortacion general al estado de viudez. En ella explica el sentido de algunos pasages de San Pablo, en los que permite las segundas bodas; ensalza el mérito de la continencia con diversos lugares de la Santa Escritura, y aun con el exemplo de los Sacerdotes de los Dioses falsos, los que entre los Atenieses quedaban imposibilitados á casarse, por haber de vivir siempre castos: y entre los Romanos y los Egipcios no podian pasar á segundo matrimonio. Refiere tambien muchos exemplares de mugeres Paganas de la primera distincion, que habian sacrificado su vida al amor de la castidad. Declara, no obstante, que no reprehende las segundas bodas, sino que alaba las primeras; y cuenta un matrimonio que se habia celebrado en Roma, quando él servia de Secretario á San Dámaso Papa, para responder á las cartas Sinodales de las Iglesias de Oriente y de Occidente, en las que le consultaban sobre algunos puntos Eclesiásticos." Ví entonces un hombre y una muger, gentes plebeyas, de los quales el marido habia enter-

rado veinte mugeres, y la muger veinte y dos maridos. Se casaron, pues, el uno con el otro, persuadidos á que seria la última vez. Todos, asi hombres como mugeres, estaban en la expectativa de ver cuál de los dos (despues de tantos combates) podria echar al otro á la sepultura: por último venció el marido, y le viéron con la corona en la cabeza, y la palma en la mano, ilustres señales de su victoria, que iba cerrando el acompañamiento del entierro á vista de toda la ciudad, y entre las aclamaciones de un tropel de gente que habia concurrido á este espectáculo. La propone tambien San Gerónimo exemplos mas eficaces para que se determinase á permanecer viuda. Estos eran, el de su abuela y el de su tia. Los respetos que la rinden, dice, "los Obispos y toda la Provincia nos dan claramente á entender, que por haberse conservado viudas, nada han perdido de su primera dignidad, antes bien se han merecido nuevos honores." La representa tambien el estado deplorable del Imperio en Roma sobre todo, y en las Galias. "Si hemos escapado, añade, como miserables reliquias de las públicas calamidades, todo se lo debemos á la misericordia del Señor, y no á nuestros propios méritos. Una prodigiosa multitud de naciones bárbaras y crueles han inundado todas las Galias. Todos los paises que hay entre los Alpes y los Pirineos, entre el Occéano y el Rhin han sido presa de estos conquistadores. Maguncia, aquella ciudad tan considerable en otro tiempo, tomada ya, y enteramente arruinada, ha visto degollar en sus templos muchos millares de personas. Vormes, despues de haber sufrido un largo sitio, por último ha quedado sepultada debaxo de sus propias ruinas. Reims, aquella fuerte ciudad, Amiens, Arras, Teruana, Tornay, Espira, Estrasburgo, todas estas ciudades estan hoy en el dominio de los Alemanes. Han desolado los Bárbaros casi todos los pueblos de Aquitania, de Gascuña,